

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

CIRCUITO CERRADO

RETRATO HISTRIÓNICO DE ENCUENTRO DE AMIGOS DE BARRIO

Se encontraban en la casa de Alejandro, exactamente en el comedor, bebiendo de la fresca cerveza que Ricardo había salido a comprar.

Iban por el quinto vaso cada uno, cuando el diálogo ya se había convertido en un diálogo de borrachos.

Francisco miró las paredes de la casa y continuó diciendo:

- ... Vas a tener que rasquetear todo y pintar de nuevo. Es increíble cómo la humedad te está comiendo la casa.

La humedad junto al desorden de ropas, mugre, y ceniceros llenos de colillas, daban una estética deplorable al lugar. De todas formas, Alejandro dijo:

- Tenés la plata para que lo haga?

- No. Pero te podemos ayudar entre todos. – respondió Francisco.

- El tema pasa por la plata. Hacerlo, lo puedo hacer. Con mi mujer.

- Ni lo pienses, pelotudo. Acaba de parir hace tres meses nada más, y no la podés poner a rasquetear, llenarse de polvo, pintar...?

- Bueno, no sé. El tema es la plata. Lo otro se ve. – insistió molesto el dueño de casa.

Alejandro tenía 34 años y hacía dos que convivía con la que fuese su novia de cuatro años. Una vez instalados, disfrutaron un instante de convivencia, para luego llevarse la sorpresa que existía un embarazo.

Si bien tenía trabajo como mecánico, no alcanzaba a darse todos los gustos. Y el vivir ajustado lo arrastró hacia cierta dejadez. A veces, la comida se convertía en una rutina de polenta y fideos de oferta, y nunca llegaban a cubrir las necesidades de ropa o electrodomésticos. El dinero que entraba a la casa, había pasado a formar parte del fondo común para el bebé, y una vez nacido, las cosas se habían descontrolado aún más.

- Por lo menos, podés empezar por poner un poco de orden. – continuó Francisco.

- A qué te referís con orden?

- Mirá lo que es la casa. Ropa amontonada en sillas, en rincones, ceniceros llenos que envician el ambiente para el bebé: podés sacarle la grasa

de años que tiene esa cocina y mesada, pasarle un trapo al piso antes que la mugre se petrifique. Cuando te quieras dar cuenta, tu hijo va a empezar a caminar y se va a llevar todo eso por delante, se puede enfermar...

- De todas formas lo entiendo. – saltó a defender Emanuel. - Está todo el día trabajando, y Anita no da abasto con la casa. Conmigo pasa lo mismo: mi señora y yo esperamos el día donde tener tiempo para poner la casa más linda, pero uno es esclavo de la rutina. Cuando se llega a casa, ya no se puede hacer nada,... el lomo no te da más. Todo por unos miserables pesos que no ayudan tanto.

Emanuel tenía 31 años, y estaba casado hacía un año. Vivía a tres cuadras de la casa de Alejandro, y se había criado con aquel grupo de amigos desde la infancia en aquel mismo barrio de clase media-baja que los reunía.

Cuando terminó la primaria, comenzó a estudiar la secundaria técnica. A mitad del primer año, sus padres se suicidaron en un pacto de amor a causa de una lenta depresión que padecían tras el fallecimiento de su otro hijo, asesinado años atrás, a la salida de un boliche bailable. Debido a eso, quedó como único heredero de una casa que al poco tiempo se le fue de las manos. Abandonó el colegio, se puso a trabajar de albañil, y una noche, visitando el mismo boliche donde estuvo por última vez su hermano Jorge, conoció a su esposa Marita.

- Vos tenés suerte de estar soltero. – interrumpió Ricardo, señalando a Francisco, con la misma mano que sostenía su sexto vaso de cerveza. – No tenés gastos de mujer, de hijos, de nada. Vivís en una casa que te compraron tus viejos cuando ganaron el pozo de la Lotería...

- Bueno. Pero,... tengo otros gastos. – dijo Francisco, incómodo.

Realmente se ponía molesto cuando cualquier diálogo terminaba en aquel tema que vivía en una casa regalada, gracias a una familia que se había salvado para toda la vida, gracias a una pequeña apuesta.

- Qué gastos, decís? Gastos de novia, tenés: una salidita, a comer, un cine... chokolatines y qué más? Cuánto más? – preguntó Alejandro, serio. – Vos no tenés que levantarte a laburar, comerte doce horas de trabajo y traer la leche, el pan, los pañales, los remedios, la cremita y toda esa mierda. Si vos no tenés comida, te arreglás con lo que sea: pan y manteca, un yogurt, un huevo frito, dos tomates... Cualquiera de esas cosas puede cubrir una comida. Si vivís con alguien, convengamos que no está para cagarse de hambre. – terminó ironizando.

Francisco sacó un cigarrillo del atado. Lo encendió y pitó nervioso.

Por qué cualquier diálogo culminaba en su vida y la “suerte” que había tenido su familia. El también tenía responsabilidades: se levantaba todos los días a la mañana, y se iba a trabajar a la oficina de Gas de Tammerlane. A las siete de la tarde entraba en la Facultad o volvía a su casa para de todas formas seguir con Economía. Su vida era un “ida y vuelta” constante, un círculo vicioso de trabajo y estudio, una rutina eterna y salvaje que sólo se veía apoyada por el amor de su novia y aquellas esporádicas reuniones con amigos.

- Hablando de todo esto, en serio: hay que buscar una forma para zafar. – dijo Ricardo, poniéndose de pie y encaminándose a la cocina en búsqueda de una nueva botella.

- No hagas ruido que seguramente se durmieron. – le dijo Alejandro, refiriéndose a su esposa e hijo. – Mañana temprano hay que ir a sacar turno al Hospital.

Ricardo llegó a la cocina en silencio, abrió la desvencijada heladera y tomó la última botella de la noche. Siempre era una maldición con encontrarse y acarrear la última botella. No pasaba por beber mucho más, sino por saber que todo placer era demoníacamente limitado.

Amaba el dinero, pero el dinero no lo amaba a él. Deseaba una heladera llena, un bolsillo lleno, un buen coche, una buena casa.

Deseaba que llegara el momento en que pudiera estar en paz y conciliación con el trabajo y la plata, y hacer lo que algunos pueden hacer en paz: sentarse en un jardín, al sol, con todas las cervezas de Tammerlane, y descansar los días que se le ocurra. Total, no habrían preocupaciones. Muchas veces se detenía en pensar cómo los ricos podían seguir amasando su fortuna en vez de retirarse y disfrutarla. Y siempre encontraba algo para decir de ellos.

- Si tuviera la plata que tiene ese ricachón de Nicolás Bluemoon, me la pasaría todo el día jugando a la pelota, mirando la tele, yendo a comer afuera, nadando en una pileta con forma de piano. Hay veces que no entiendo... – dijo Ricardo a su regreso, destapando y sirviendo cerveza a todos los presentes. – No puedo entender cómo ese tipo sigue trabajando. – continuó en referencia al reconocido millonario del Pueblo.

- El tema que nunca se puede frenar. Si se frena, se viene encima todo el “estándar”. – explicó Francisco.

- De qué estándar me hablás? Con los millones de ese maricón, yo me rascaría las pelotas todo el día.

- No es tan fácil, Ricardo. Hoy vos contás con 500 pesos por mes. Si el mes que viene tenés la posibilidad de ganar dos mil...: te quedás con los quinientos? No creo. Vas a mover el culo por los dos mil, para darte más comodidades.

- Yo ahorraría, Francisco. Me movería un tiempo por los dos mil, y después de años de sacrificarme, me sentaría a quemarlos en lo que se me cante el culo: invertirlos en un negocio que lo maneje un contador, no sé... Y el resto para disfrutar. – se explayó Emanuel.

- No creo. Si tenés la posibilidad de hacer dos mil, vas a buscar la forma de hacer tres mil, cinco mil, diez mil, un millón... Nunca se acaba. Y del tema de ahorrar, no me digas. No se puede ahorrar. Lo veo en mis viejos cuando ganaron la Lotería: gastan plata en un montón de cosas, pero no sé si la llegan a disfrutar del todo. Cuánto más plata, más necesidades descubrís. Antes que se ganen el premio, mi viejo no se compraba zapatos para ir al trabajo. Incluso caminaba treinta cuadras para ahorrarse un colectivo. Hoy se dio cuenta que un auto es tan necesario y cómodo para uno para mi mamá. Y todas esas cosas las alimentás con más y más plata.

- Pero en tu caso, gastan, gastan y gastan. – retomó el tema Ricardo.

- Y dale con que gastan! “Usan” la plata en las necesidades primordiales. Pero mi viejo y mi vieja no dejaron de laburar.

- Por qué?! Si están salvados para toda la “cosecha”?

- Hay que mantener tres casas, dos autos, tres perros, jardineros, mujeres de limpieza. Para poder rascarte las bolas un fin de semana, tenés que procurar mantener todo lo que te pueda dar esa comodidad. Y la plata tiende a reducirse, no a reproducirse.

Ricardo bebió un sorbo de cerveza. No lo entendía. No entendía el maldito ciclo del dinero.

Vivía solo en una casa que había heredado de su tía, la persona que lo crió toda la vida, y que falleció cuando él tenía 27 años. Ahora, con 33, Ricardo alimentaba su propia boca, impuestos, el diario del domingo y la tevé por cable, gracias al taxi que alquilaba como chofer.

Entre sus sueños, estaba el de ganar el dinero suficiente como para poder comprarse un taxi, ponerlo a trabajar, poder comprarse otro más, sumar un chofer, comprar otro más y otro y otro, y retirarse al patio del descanso eterno, mientras su agencia de taxis le daba todo lo que necesitaba.

Aunque se sentía solo: pesaba alrededor de cien kilos, se estaba poniendo pelado y no le rondaba ninguna mujer en puerta. El sólo hecho de pensar que se convertiría en un solterón de barrio, lo deprimía en cada despertarse y acostarse, incluso arrastrándolo a empujar el codo en más de una ocasión para con el alcohol de turno encontrar una respuesta al “qué me pasó?”.

- Hay que afanar un Banco. – dijo en tono de broma.

Los otros tres rieron.

- Lo digo en serio! – insistió Ricardo, con el mismo tono. – Un Banco, e irse a dormir la siesta a la reposera. Y que Tammerlane se venga abajo!

- Para eso vas a tener que entrenar afanando kioscos, almacenes. Una vez que estés con práctica, asaltá un autoservicio... Y recién ahí, un Banco. – ironizó Francisco, y continuó con el mismo tono gracioso: - Eso no se puede hacer de un día para el otro!

Sus amigos lo acompañaron con risas.

- Lo que vos digas. Pero hay que hacer algo para salvarse. No sé... por ejemplo vos, Ale, que tenés ese auto hecho mierda que no sirve para nada. Conozco a alguien que te lo paga 200 pesos. En el seguro lo pasás por robado y cobrás lo que te tasaron.

- Vos estás mal de la cabeza! – dijo el dueño del coche, riendo. – Me gano 200 pesos, pero: qué pasa si el seguro no me lo paga. O, peor: se descubre la trampa!... Voy preso y me quedo con unas monedas miserables. Prefiero venderlo por las buenas y quedarme con lo que me corresponde.

El calor de la noche se vio abatido por un repentino viento fresco. Las hojas de los árboles se hicieron oír en todo el barrio.

- Parece que va a llover. – dijo Emanuel asomándose por la ventana.

- A todo esto, qué hora es? – preguntó Alejandro.

- Las doce y media. – dijo Francisco, afirmando desde su poderoso reloj de plata. – Y yo me estoy yendo a casa que tengo que dormir. La cerveza me dio sueño. Mañana me tengo que levantar temprano para adelantar un poco de estudio.

Francisco se puso de pie, lentamente. Sentía su cuerpo pesado. El alcohol viajó por sus venas y desembocó en su cerebro: miró a un lado y pareció notarlo.

Ricardo tosió y miró a sus otros dos amigos.

(Pero, no.)

- Yo también salgo.

- Me quedo un rato más charlando. – dijo Emanuel. – Los veo mañana.

Un saludo.

- Suerte.

- A vos.

Salieron a la calle justo cuando las primeras gotas comenzaron a caer del cielo. Eran gotas gruesas y unas pocas de ellas enseguida empaparon las calles.

Caminaron juntos y en silencio.

Ricardo vivía a una cuadra, y Francisco vivía de camino.

El calor y la frescura convirtieron aquella noche en algo digno de disfrutar por aquellas calles vacías.

Ricardo rompió el silencio.

- Ves lo que te digo? Me gustaría llegar a casa, y seguir tomando todas las cervezas que quiera, mirando tele, con la ventana abierta y este fresco...

- Todos queremos eso. Lamentablemente, muchos dicen que son gustos que te podés dar recién de viejo, cuando ya no sirvas para otra cosa.

- No quiero eso! Quiero rascarme y que mis manos no tengan artrosis. Quiero salir a caminar escuchando la radio, sin estar en peligro que se me parta la cadera. Quiero sentarme a comer y comer lo que quiera, ni papillas ni comidas sin sal. Cuando esté viejo, voy a estar lo suficientemente muerto como para poder vivir lo que quisiera y no pudiera.

Se detuvieron en la puerta de la casa de Ricardo, y éste continuó:

- Mi tía trabajó toda su vida como una cerda. Era enfermera del Hospital de Agudos, y atendía a pacientes con leucemia. Cuando se jubiló, se la pasó fregando la casa todo el puto día, privándose de esto y lo otro. Finalmente se murió de leucemia, atendida por sus compañeros de sector, en el mismo Hospital que le quitó una vida de trabajo... Sabés lo que me dijo dos días antes de morirse?...

...Un día, Ricardo visitó a su tía en el Hospital.

El maldito cáncer ya estaba lo bastante avanzado, y la mujer se había convertido en una bolsa de piel y huesos, llena de moretones.

Mientras le trozaba la hedionda carne hervida como almuerzo, la mujer tomó fuerzas y murmuró unas palabras.

- Qué dijiste, tía?

- Ser derecho... no es ser bueno. Es ser boludo.

Ricardo se congeló. Perdió el control de lo que estaba haciendo, y se le cayó el plato al piso, estrellándose en cientos de pedazos y muchos trozos de carne opaca.

- Pero, estúpido! – gritó la mujer, y reaccionó con euforia, cacheteando la espalda de su sobrino.

- Perdoná, tía. Voy a pedir otro.

- No quiero, estúpido! De todas formas no me sirve de nada tragar esa basura. Si ya estoy muerta!... Si vas a mover el culo, que sea por algo que valga la pena... un trago con frutas y hielo.

Francisco respiró. No tenía palabras.

Entendía todo.

- Ves lo que te digo?... Lo peor de todo fue que los médicos no le dieron el trago, y al otro día se murió sin jamás haberlo probado. Porque se pasó la vida condenada a trabajar y a alimentarse de mierda.

Se despidieron.

Francisco continuó su camino. La lluvia comenzó a crecer.

Dobló veloz la esquina.

De repente, una frenada de coche lo sorprendió. No alcanzó a ver el modelo, porque se volvió a las pisadas a sus espaldas.

Una capucha negra cubrió su cabeza, un golpe en el estómago y dos anónimos lo subieron al auto.

- Vamos! Vamos! – apuntó uno de los raptos. Tenía la voz fruncida y olía a alcohol.

Alejandro, Emanuel y Ricardo, se cargaron con su amigo, el hijo de los ganadores del pozo de Lotería, en el viejo y desvencijado auto de Alejandro, y salieron arando a la siguiente fase del plan.

En minutos estarían en un galpón en las afueras de Tammerlane, donde retendrían a Francisco hasta cobrar el rescate.

Había que encontrar una forma, algo, alguna maldita solución para salvarse y salir de aquel circuito decadente.

El rapto fue una solución... “amena”, por así decirlo.

Pero el auto se detuvo a dos cuadras. Poca nafta. Problemas de contacto. Lo que sea.

Aún cubierto con la capucha, Francisco pudo distinguir las voces de sus amigos entre las quejas de voces fruncidas.

- Chicos?... Son ustedes?

Los raptos se miraron entre sí, y cuando se bajaron del auto, se debatieron qué hacer.

Sin importar la respuesta, vale destacar que cada uno de ellos se dio cuenta de algo: nunca podrían forzar el círculo vicioso. Algo, algún detalle, todo, siempre funcionaría mal.

Aquel circuito decadente siempre estaba cerrado bajo la llave de la suerte, condenada por unos pocos privilegiados.

FIN